



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MODESTA MIÑÓN

Á UNA EXTRANJERA (1)

Oriunda de una tierra esclava, ángel por el amor, demonio por la fantasía, nina por la fe, anciana por la experiencia, hombre por el cerebro, mujer por el corazón, gigante por la experiencia, madre por el dolor y poeta por tus sueños; á ti fe dedico esta obra, donde tu amor y tu fantasía, tu fe, tu experiencia, tu dolor, tu esperanza y tus sueños vienen á ser las cadenas que sostienen una trama menos brillante que la poesía que encierra tu alma, poesía cuya expresión, cuando anima tu fisonomía, es, para el que te admira, lo que son para los sabios los caracteres de un idioma perdido.

DE BALZAC.

Á principios del mes de octubre de 1829, el notario don Simón Babylas Latournelle subía del Havre á Ingouville de bracete con su hijo y acompañado de su mujer, junto á la cual iba, cual si fuese un paje, el primer pasante del estudio, jorobadito llamado Juan Butscha. Cuando estas cuatro personas (dos de las cuales recorrían este mismo camino todas las tardes) llegaron al recodo que forma el camino, recodo muy semejante al que los italianos denominan *corniche*, el notario examinó los alrededores para ver si alguien podía oírle, y, tomando por exceso de precaución un tono medio de voz, dirigió la palabra á su hijo de esta suerte:

— Exuperio (2), procura ejecutar con tino la pequeña

(1) Balzac refiérese á una polaca.—(N. del T.)

(2) Exuperio, arzobispo de Tolosa, muerto el año 1414, fué canonizado, y celebráse su fiesta el 14 de junio.—(N. del T.)

manobra que voy á indicarte, sin intentar inquirir su objeto; pero, si por casualidad lo adivinases, te ordeno que lo arrojes en ese Styx que todo notario ó todo hombre que intenta dedicarse á la magistratura debe tener en sí mismo, para los secretos ajenos. Después de saludar con el mayor respeto y finura á la señora y á la señorita Miñón, á los señores Dumay, y al señor Gobenheim, si éste estuviera en el *Chalet*; cuando el silencio se haya restablecido, el señor Dumay te llevará á un rincón, y tú debes mirar con curiosidad (te lo permito) á la señorita Modesta durante todo el tiempo que aquél te hable. Mi digno amigo te rogará que salgas á pasearte y que vuelvas al cabo de una hora, á eso de las nueve, en actitud presurosa. Entonces debes imitar la respiración de un hombre que está sofocado, y después le debes decir en voz baja, pero de manera que la señorita Modesta te oiga: «Ya llega el joven».

Exuperio tenía que partir al día siguiente para París con objeto de estudiar la carrera de derecho, y esta próxima marcha había decidido á Latournelle á consentir que su hijo sirviese á Dumay de cómplice en la importante conspiración que las precedentes instrucciones pueden hacer entrever.

—¿Se sospecha acaso que la señorita Modesta pueda tener algún lío?—preguntó Butscha á su patrona con voz tímida.

—¡Chitón, Bustcha!—respondió la señora Latournelle cogiéndose de nuevo al brazo de su marido.

La señora Latournelle, hija del escribano del tribunal de primera instancia, se cree bastante autorizada por su nacimiento para decirse oriunda de una familia parlamentaria. Esta pretensión indica ya el por qué esta mujer un tanto demasiado barrosa, procura revestirse de la majestad del tribunal cuyos juicios son garrapateados por su señor padre. Dicha señora toma tabaco, anda tiesa como una estaca, afecta modales de mujer distinguida, y seméjase en un todo á una mo-

mia, á la que el galvanismo hubiera dado vida por un instante. Procura dar tonos aristocráticos á su voz agria, pero ni logra esto, ni logra tampoco cubrir su falta de instrucción. Su utilidad social parece incontestable al ver los sombreros adornados con flores que lleva, los rizos pegados á las sienes y los vestidos que escoge. ¿Dónde colocarían los comerciantes aquellos productos, si la señora Latournelle no existiese? Todas las ridiculeces de esta digna mujer, esencialmente caritativa y piadosa, hubieran pasado sin duda casi desapercibidas; pero la naturaleza, que se complace á veces en producir estas creaciones grotescas, la dotó de una estatura de gastador, á fin de poner de relieve los inventos de su espíritu provinciano. La notaria no ha salido nunca del Havre, cree en la infalibilidad del Havre, lo compra todo en el Havre, se viste en el Havre, se dice normanda hasta la médula de los huesos, venera á su padre y adora á su marido. El diminuto Latournelle tuvo el atrevimiento de casarse con esta muchacha, llegada ya en estado célibe á la edad antimatrimonial de treinta y tres años, y supo tener de ella un hijo. La circunstancia de que le hubiese sido fácil encontrar donde quiera otra joven que le hubiese aportado los sesenta mil francos de dote que el escribano dió á su hija, hizo que se atribuyese su intrepidez poco común al deseo de evitar la invasión del Minotauro, de la cual le hubiesen librado difícilmente sus medios personales si hubiese cometido la imprudencia de dar pie para ella casándose con una mujer joven y bonita. El notario reconoció sencillamente las grandes cualidades que adornaban á la señorita Inés (pues tal era el nombre de su esposa), y cuán pronto se extingue para un marido la belleza de su mujer. Respecto á aquel joven insignificante, á quien el escribano bautizó con un nombre normando, la señora Latournelle estaba tan sorprendida de haber llegado á ser madre á la edad de treinta y cinco años y siete meses que, si fuese necesario, volvería á echar

mamas y leche para su hijo, siendo ésta la única hipótesis que puede darnos una idea de su loco amor maternal.

—¡Qué hermoso es mi hijo!...—decía á su amiguita Modesta, señalándoselo, sin que la moviese á ello segunda intención, cuando ambas iban á misa y su lindo Exuperio marchaba delante de ellas.

—Se parece mucho á usted—respondía Modesta Miñón con el mismo tono que si hubiese dicho:—¡Qué mal tiempo hace!

La silueta de doña Inés, personaje de escasa importancia en esta historia, ha de parecer sin embargo necesaria cuando digamos que dicha señora era, hacía ya unos tres años, la dueña ó dama de compañía de la joven á quien el notario y su amigo Dumay querían tender uno de esos lazos llamados *ratoneras* en la *Fisiología del Matrimonio*.

Por lo que atañe á Latournelle, figuraos á un hombrerito, tan astuto como lo permite la probidad más pura, y al que cualquier forastero tomaría por un bribón al ver su rara fisonomía, que ha dejado de llamar ya la atención en el Havre por ser á todos familiar y conocida. Una vista, que suele decirse tierna, obligaba al digno notario á llevar unas antiparras verdes, que preservaban de la luz á sus ojos, constantemente irritados. Ambos arcos de las cejas, formados por una pelusilla bastante rala, distaban apenas una línea de la sombra negra de las antiparras, formando, por decirlo así, un segundo círculo. Si no habéis observado nunca en el rostro de algún transeunte el efecto que producen estas dos circunferencias superpuestas y separadas por un vacío, os será imposible imaginaros lo mucho que llama la atención un rostro semejante; sobre todo cuando este rostro pálido y demacrado termina en punta como el de Babylas Latournelle, semejándose así á esas caras mefistofélicas á las que los pintores procuran dar cierta semejanza con los gatos. Encima de aquellas atroces antiparras verdes se levanta

un cráneo pelado, tanto más artificioso cuanto que la peluca, dotada en apariencia de movimiento, tenía la indiscreción de dejar salir cabellos blancos por todas partes y de cortar siempre la frente de un modo desigual. Al ver á aquel estimable normando, vestido de negro como un coleóptero, montado en sus dos piernas cual si fuesen dos alfileres, y al saber que es el hombre más honrado del mundo, se busca en vano la razón de tamaños contrasentidos fisiognomónicos.

Juan Butscha, pobre hijo natural abandonado, que había sido recogido y criado por el escribano Labrosse y su hija, llegó á ser primer pasante á fuerza de trabajo, vivía y comía con su patrón, que le daba noventa francos anuales de sueldo, carecía de todas las gracias propias de la juventud, era casi enano, sentía idolatría por Modesta, y hubiera dado gustoso por ella su vida. Este pobre ser, cuyos diminutos ojos parecen oprimidos por sus espesos párpados, picado de viruela, agobiado por abundante y crespa cabellera, embarazado por enormes manos, era objeto de piedad desde la edad de siete años: ¿no basta esto para explicarlo por entero? Silencioso, recogido, de conducta ejemplar y religioso, viajaba por la inmensa extensión del país llamado, en el mapa de la Ternura, Amor sin esperanza, y recorría las áridas y sublimes estepas del deseo. Este grotesco primer pasante había sido apodado por Modesta con el nombre de el *enano misterioso*. Este apodo hizo que Butscha leyese la novela de Walter Scott y contribuyó á que un día le dijese á Modesta:

—¿Quiere usted una rosa de su Enano misterioso, para el día del peligro?

Modesta, con una de esas terribles miradas que las jóvenes saben dirigir á los hombres que no les agradan, rechazó á su adorador, obligándole á cobijar su alma en su cabaña de lodo. Butscha se llamaba á sí mismo el *pasante obscuro*, y, lo mismo que su patrona, no había salido nunca del Havre.

Para los que no conocen el Havre, hácese sin duda necesario decir aquí cuatro palabras acerca del lugar adónde se dirigía la familia Latournelle, á la cual hallábase evidentemente infeudado el primer pasante. Ingouville es al Havre lo que Montmartre á París, una elevada colina, á cuyo pie se extiende la ciudad, con la única diferencia de que el mar y el Sena rodean la ciudad y la colina, que el Havre se ve fatalmente circunscrito por estrechas fortificaciones y que, finalmente, la embocadura del río, el puerto y las dársenas ofrecen un espectáculo completamente diferente del de las cincuenta mil almas de París. En la parte baja de Montmartre, un océano de pizarras muestra su azulada é inmóvil superficie, mientras que en Ingouville se ve una especie de tejados agitados por los vientos. Esta eminencia, que desde Rouen hasta el mar está costeadada por el río, que deja entre ella y sus aguas un margen más ó menos ancho, pero que encierra indudablemente tesoros pintorescos con sus ciudades, sus valles y sus praderas, adquiere un inmenso valor en Ingouville desde 1816, época en que comenzó la prosperidad del Havre. Este ayuntamiento pasó á ser el Anteuil, el Ville-d'-Avray y el Montmorency de los comerciantes, que se construyeron casas de campo en este anfiteatro para poder respirar en él el aire del mar perfumado por las flores de sus suntuosos jardines. Aquellos atrevidos especuladores descansan allí de las fatigas de sus mostradores y de la atmósfera de sus casas, apiñadas unas contra otras, sin ventilación, sin patio casi todas, como obligan á hacerlas el aumento de la población del Havre, la línea inflexible de sus murallas y el crecimiento de las dársenas. En efecto, ¡qué triste es el Havre y qué alegre Ingouville! La ley del desarrollo social hizo brotar, cual si fuese un hongo, el arrabal de Graille, que es hoy más considerable que el Havre mismo y que se extiende en la parte baja de la costa como si fuese una serpiente. En su cresta, Ingouville no tiene más que una calle, y,

como en todas estas posiciones, las casas que miran al Sena tienen necesariamente una inmensa ventaja sobre las de la otra parte del camino, á las cuales privan de esta vista; éstas se elevan, cual si fuesen espectadores, sobre la punta de sus pies, á fin de ver por encima de los tejados. Sin embargo, como en todas partes, tienen allí servidumbre los edificios. Algunas casas, situadas en la cima, ocupan una posición superior y un derecho de vista que obliga al vecino á limitar sus construcciones á una altura determinada. Por otra parte, la caprichosa roca está surcada por caminos que hacen su anfiteatro transitable y, por algunos de sus claros ciertas propiedades pueden ver la ciudad, el río ó la mar. Sin estar cortada á pico, la colina acaba bastante bruscamente en escarpada ribera. Desde el extremo de la calle que serpentea en la cima, se ven las gargantas donde están situadas algunas aldeas, San Adresse, dos ó tres San no sé qué y las caletas donde muge el océano. Esta parte casi desierta de Ingouville forma un notable contraste con las hermosas casas de campo que miran al valle del Sena. ¿Es que temen que los vientos perjudiquen la vegetación? ¿Es que los negociantes reculan ante los gastos que exigen aquellos accidentados terrenos?... Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que el turista que hace sus correrías en vapor se asombra al encontrar despoblada y abarrancada la costa oeste de Ingouville, que, comparada con la opuesta, produce el mismo efecto que produciría un pobre andrajoso al lado de un rico suntuosamente vestido y perfumado.

En 1829, una de las últimas casas de la parte del mar, y que sin duda se encuentra en el centro del Ingouville de hoy, se llamaba y puede que se llame aún el *Chalet*. Esta casa fué en un principio habitación de conserje con su jardinito delante. El propietario de la casa de campo de que dependía el *Chalet*, casa con parque, jardines, palomar, invernadero y praderas, tuvo el capricho de poner esta casita en armonía con

las suntuosidades de su morada, y la hizo construir cual si se tratase de una pequeña quinta. Separó ésta de su jardín, adornado de flores y dividido en hermosos cuadros, por medio de una pared baja, á lo largo de la cual plantó un seto para ocultarla. Detrás de la quinta llamada, á pesar de todos sus esfuerzos, el *Chalet*, se extienden las hortalizas y las praderas. Este *Chalet*, sin vacas ni lechería, está separado del camino por una empalizada cuya armazón está oculta por un seto frondosísimo. De la otra parte del camino, la casa de enfrente, sometida á una servidumbre, tiene una empalizada y un seto semejantes que permiten ver el Havre desde el *Chalet*. Dicha vivienda era causa de la desesperación del señor Vilquín, propietario de la gran casa de campo. El creador de esta morada, cuyos detalles dicen enérgicamente: *Aquí relucen millones*, no había querido extender su parque hacia el campo, á fin de no verse obligado á sufrir continuamente la vecindad de sus jardineros. Una vez terminado el *Chalet*, sólo podía ser habitado por un amigo. El señor Miñón, que era el dueño precedente de dicha propiedad, quería mucho á su cajero, y como esta historia probará que Dumay le correspondía, le ofreció en arriendo el *Chalet*. A fin de llenar las formalidades debidas y una vez aceptado el ofrecimiento, Dumay hizo firmar á su principal un arriendo por doce años á razón de trescientos francos anuales, y el señor Miñón aceptó gustoso el trato diciendo á su cajero:

—Mi querido Dumay, no olvides que te comprometes á vivir doce años en mi casa.

Por causas que van á ser narradas, las propiedades del señor Miñón, que fué en otro tiempo el negociante más rico del Havre, fueron vendidas á Vilquín, que era uno de sus antagonistas en la plaza comercial. En medio de la alegría de llegar á ser dueño de la célebre quinta Miñón, el comprador se olvidó de pedir la anulación del arriendo pendiente. Dumay, por

no deshacer la venta, hubiese firmado entonces todo lo que Vilquín hubiese exigido; pero, una vez realizada ésta, sirvióse del arriendo como medio de venganza, y continuó siendo vecino de Vilquín, observando á Vilquín, acechando á Vilquín, molestando á Vilquín y siendo, en una palabra, el moscardón de toda la familia de Vilquín. Todas las mañanas al asomarse á la ventana, Vilquín experimentaba un violento estremecimiento de contrariedad al ver aquella alhaja de construcción, aquel *Chalet* que había costado sesenta mil francos y que centellea como un rubí puesto al sol. Y no se crea que esta comparación con el rubí es exagerada; el arquitecto había construido aquella quinta con ladrillos de hermoso color rojo, rellenando con blanca argamasa sus juntas. Las ventanas habían sido pintadas de un vivo color verde, y las puertas de un color oscuro tirando algo al amarillo. El tejado sobresale algunos pies. Una bonita galería se ve en el primer piso, y un espacioso mirador ostenta sus vidrieras en medio de la fachada. El piso bajo se compone de un bonito salón y de un comedor, separados por la caja de una escalera de madera, cuyos dibujos y adornos son de elegante sencillez. La cocina está adosada al comedor, y el salón tiene un gabinetito que servía á la sazón de dormitorio á los señores Dumay. En el primer piso, el arquitecto había construido dos grandes cuartos, provistos de sendos gabinetes tocador, á los que servía de salón el mirador. Encima de este primer piso, debajo del tejado, que se parece á dos naipes formando un ángulo diedro, se encuentran los dormitorios para los criados, alumbrados por una claraboya, y buhardillas bastante espaciosas. Vilquín cometió la bajeza de levantar un muro en la parte de las praderas y de las hortalizas, y, desde que llevó á cabo esta venganza, las escasas centiáreas de terreno que pertenecen al *Chalet* parecen un jardín de París. Las habitaciones para los criados, construídas y pintadas de manera

que se semejen al *Chalet*, están adosadas al muro de la propiedad vecina. El interior de esta encantadora vivienda está en armonía con el exterior. El salón, ricamente entarimado, ofrece á las miradas las maravillas de una pintura imitando las lacas de China. En fondos negros encuadrados de oro brillan los pájaros multicolores, los follajes verdes y los fantásticos dibujos de los chinos. El comedor está completamente revestido de maderas del Norte talladas y esculpidas como en las hermosas cabañas rusas. La pequeña antesala, formada por el descansillo y la caja de la escalera, está pintada imitando madera vieja y representa adornos góticos. Los dormitorios, tapizados con tela de Persia, llaman la atención por su costosa sencillez. El dormitorio que ocupaban entonces el cajero y su mujer, está completamente cubierto de madera como si fuese el camarote de un barco. Estas locuras de armador explican la rabia de Vilquín, el cual quería instalar en esta quinta á su yerno y á su hija. Este proyecto, que no era ignorado de Dumay, servirá para explicarnos más tarde la tenacidad bretona de éste.

En el *Chalet* se entra por una puertecita de hierro, en forma de reja, cuyos barrotes, terminados en punta de lanza, se elevan algunas pulgadas por encima de la empalizada y del seto. El jardinito estaba á la sazón lleno de rosas, de flores, de dalias y de las producciones más raras de la flora de los invernaderos; pues otra nueva causa del dolor vilquiniano es que el invernadero caprichoso, el invernadero llamado de la Señora, depende del *Chalet* y separa á éste de la gran propiedad Vilquín. Dumay se consolaba del estado de su caja con los cuidados del invernadero, cuyas exóticas producciones constituían uno de los mayores placeres de Modesta. El salón billar de la quinta Vilquín, especie de galería, se comunicaba antes con el invernadero mediante un inmenso palomar en forma de torrecilla; pero desde que Vilquín construyó la pared que privó á Dumay de la vista de las praderas,

éste muró también aquella puerta de comunicación.

—¡Muro por muro!—había dicho el cajero.

—Usted y Dumay murmuran—dijeron á Vilquín los negociantes, para hacerle rabiar.

Y todos los días en la Bolsa saludaban con un nuevo equívoco al celoso especulador.

En 1827, Vilquín ofreció á Dumay seis mil francos de sueldo y diez mil francos de indemnización por rescindir el arriendo; pero el cajero se negó á aceptar esta proposición, á pesar de que sólo tenía mil escudos en casa de Gobenheim, antiguo dependiente de su principal. No dudéis, pues, que Dumay es un bretón trasplantado por la suerte á Normandía. ¡Juzgad cuán grande era el odio que sentía contra sus inquilinos del *Chalet* el normando Vilquín, hombre que tenía tres millones! ¡Qué enorme crimen de lesa-millón demostrar á los ricos la impotencia del oro! Vilquín, cuya desesperación llegó á hacerse célebre en el Havre, acababa de proponer la donación en propiedad de una hermosa casa á Dumay, el cual se negó de nuevo á aceptar el trato. El Havre empezaba ya á inquietarse con aquella testarudez, cuya razón única se encontraba, para la mayor parte de las gentes, en esta frase: «Dumay es bretón». El cajero, por su parte, pensaba que la señora y sobre todo la señorita Miñón hubiesen estado demasiado mal hospedadas en cualquier otra parte. Sus dos ídolos habitaban un templo digno de ellas, y aprovechaban al menos aquella suntuosa cabaña, donde hasta unos reyes caídos hubiesen podido conservar la majestad de las cosas en torno suyo y esa especie de bienestar de que carecen á veces los grandes venidos á menos. Acaso no sienta, pues, el lector haber conocido de antemano la habitación y la compañía habitual de Modesta, porque á la edad de ésta los seres y las cosas influyen tanto en el porvenir como el carácter, sin olvidar además que éste se ve modificado á veces por unos y otras.

Por la manera como los Latournelle entraron en el

Chalet, un forastero cualquiera hubiera adivinado que iban allí todas las tardes.

—¿Ya, amigo mío?—dijo el notario al ver en el salón á un joven banquero del Havre, á Gobenheim, pariente de Gobenheim Keller, jefe de la gran casa de París.

Este joven de rostro lívido, uno de esos rubios de ojos negros cuya mirada inmóvil tiene un no sé qué de fascinador, tan sabio en palabras como en ocasiones, vestido de negro y delgado como un tísico, si bien de vigorosa contextura, frecuentaba la casa del antiguo cajero, y trataba á la familia de su antiguo principal más bien por cálculo que por afecto: allí se jugaba al whist á diez céntimos la ficha, no tenía que ir vestido de etiqueta, sólo aceptaba vasos de agua con azúcar y no tenía necesidad de devolver nada en cambio de estas atenciones. Esta apariencia de adhesión á los Miñón hacía creer que Gobenheim tenía buen corazón, y le dispensaba de frecuentar el gran mundo del Havre, de hacer en él gastos inútiles y de destruir la economía de su vida doméstica. Este catecúmeno del becerro de oro se acostaba todas las noches á las diez y media y se levantaba á las cinco de la mañana. Finalmente, seguro de la discreción de Latournelle y de Butscha, Gobenheim podía analizar delante de ellos los asuntos espinosos, someter éstos á las consultas gratuitas del notario, y reducir las murmuraciones de la plaza á su justo valor. Este aprendiz de papá-oro (palabra de Butscha) pertenecía á esa clase de substancias que la química llama absorbentes. Desde la catástrofe ocurrida á la casa Miñón, donde los Keller lo habían puesto á todo estar para que se instruyese en el alto comercio marítimo, nadie en el *Chalet* le había rogado que hiciese nada absolutamente, ni siquiera el más insignificante encargo, pues su contestación era conocida. Este joven miraba á Modesta como hubiese examinado una litografía de diez céntimos.

—Es uno de los pistones de la inmensa máquina llamada Comercio—decía el pobre Butscha, que sólo denotaba su talento con pequeñas frases tímidamente soltadas.

Los cuatro Latournelle saludaron con la más respetuosa deferencia á una anciana vestida de terciopelo negro, la cual no se levantó del sofá en que estaba sentada porque sus dos ojos estaban velados por la telilla amarilla producida por la catarata. La señora Miñón será descrita con una sola frase. Atraía inmediatamente las miradas por ese rostro augusto propio de las madres de familia cuya vida sin reproches desafia los golpes del destino, pero á quien éste ha tomado por blanco de sus flechas y que forman la numerosa tribu de las Niobes. Su peluca rubia, bien rizada y bien puesta, sentaba perfectamente á su blanca cara, fría como la de las mujeres del burgo-maestre pintadas por Hals ó Mirevelt. El cuidado excesivo de su tocado, sus botinas de terciopelo, su gorguera de encaje y su chal rectamente colocado, todo atestiguaba la solicitud de Modesta para su madre.

Cuando el momento de silencio anunciado por el notario reinó en este bonito salón, Modesta, que estaba sentada junto á su madre haciéndose una toquilla, pasó á ser por un instante el blanco de todas las miradas. Aquella curiosidad oculta bajo las interrogaciones vulgares que se dirigen todas las gentes en visita, hubiese descubierto el complot doméstico, meditado contra la joven, á cualquier indiferente. Pero Gobenheim, más que indiferente, no observó nada, y encendió las bujías de la mesa de juego. La actitud de Dumay hizo que esta situación fuese terrible para Butscha, para los Latournelle, y sobre todo para la señora Dumay, la cual sabía que su marido era capaz de descargar un tiro al amante de Modesta, como si se tratase de un perro rabioso. Antes de comer, el cajero se había ido á pasear seguido de dos magníficos perros de los Pirineos que sospechaba le eran infieles, y

los había dejado en casa de un antiguo cortijero del señor Miñón; después, unos momentos antes de la llegada de los Latournelle, había cogido las pistolas de la cabecera de su cama y, escondiéndose de Modesta, las había colocado encima de la chimenea.

Aunque pequeño, rechoncho, picado de viruelas, hablando siempre quedo y pareciendo escucharse, este bretón, antiguo teniente de la guardia, tiene tan gravemente grabados en su rostro la resolución y la sangre fría, que nadie, en veinte años, se había atrevido á bromear con él en el ejército. Sus ojillos, de un color azul pálido, parecen dos pedazos de acero. Sus modales, el aspecto de su cara, su manera de hablar y su porte, todo está de acuerdo con su breve nombre de Dumay. Su fuerza, conocida de todo el mundo, le permitía no temer ninguna agresión. Capaz de matar á un hombre de un puñetazo, había llevado á cabo este hecho en Bautzen, al encontrarse sin armas detrás de su compañía frente á frente de un sajón. En este momento, la varonil y suave fisonomía de este hombre alcanzó la sublimidad de lo trágico; sus labios, pálidos como su tez, indicaron una convulsión domada por la energía bretona, y un ligero sudor que todo el mundo vió y supuso que era frío, humedeció su frente. El notario sabía que de todo aquello podía resultar un verdadero drama con desenlace en la audiencia. En efecto, para el cajero se trataba, á propósito de Modesta Miñón, de una partida en que se encontraban empeñados un honor, una fe y sentimientos de una importancia superior á la de los lazos sociales y resultantes de uno de esos pactos, cuyo único juez, en caso de desgracia, está en el cielo. La mayor parte de los dramas están en las ideas que nosotros nos formamos de las cosas. Los acontecimientos que nos parecen dramáticos no son más que los asuntos que nuestra alma convierte en tragedia ó en comedia, según las tendencias de nuestro carácter.

La señora Latournelle y la señora Dumay, encarga-

das de observar á Modesta, ostentaron un no sé qué de extraordinario en su actitud y de tembloroso en su voz que la inculpada no notó, por hallarse completamente embebida en su trabajo. Modesta hacía su toquilla con una perfección que no hubieran igualado las mejores oficiales. Su rostro denotaba el placer que le causaba la feliz terminación de cada una de las partes de su obra. El enano, sentado entre su ama y Gobenheim, contenía las lágrimas y buscaba en su mente el medio de llegar hasta Modesta, á fin de poder decirle dos palabras al oído para ponerla en guardia. Colocándose delante de la señora Miñón, la señora Latournelle, con su diabólica inteligencia de beata, había aislado á Modesta. La señora Miñón, silenciosa en medio de su ceguera y más pálida que de costumbre, dejaba ver claramente que no ignoraba la prueba á que estaba sometida en aquel momento Modesta. Aunque la consideraba necesaria, sin duda en el último momento vituperaba esta estratagema. De aquí provenía su silencio: lloraba por dentro.

Exuperio, que era el cebo del lazo, ignoraba por completo el objeto de la pieza en que la casualidad le había dado un papel. Por efecto de su carácter, Gobenheim permanecía en un estado de indiferencia igual al que demostraba Modesta. Para un espectador instruído del caso, este contraste entre la completa ignorancia de los unos y la palpitante atención de los otros hubiese sido sublime. Los novelistas echan hoy más que nunca de esta clase de efectos, y están en su derecho, pues la naturaleza se ha permitido en todo tiempo ser más fecunda que ellos. En este caso, la naturaleza social, que es una naturaleza dentro de la naturaleza, se complacía en hacer la historia más interesante que la novela, del mismo modo que los torrentes forman á veces caprichosos paisajes no concebidos por los pintores, y disponen los elementos y las piedras de cierto modo que sorprende á los arquitectos y á los escultores.

Eran las ocho de la tarde. En esta estación el crepúsculo despide á esta hora sus últimos resplandores. Aquella tarde, el cielo no tenía una nube, el aire tibio acariciaba la tierra, las flores embalsamaban, con sus perfumes, el ambiente, y se oía crugir la arena bajo los pies de algunos paseantes que volvían á sus casas. El mar brillaba como un espejo. Finalmente, hacía tan poco viento, que las bujías encendidas que estaban sobre la mesa de juego mantenían sus llamas inmóviles, á pesar de hallarse las ventanas entreabiertas. Aquel salón, aquella velada, aquella habitación ¡qué hermoso marco para el retrato de aquella joven, examinada á la sazón por aquellas personas con la profunda atención de un pintor en presencia de la Margherita Doni, que es una de las glorias del palacio Pitti! Modesta, flor encerrada como la de Cástulo ¿era acreedora á todas estas precauciones?... Ya conocéis la jaula, he aquí ahora el pájaro.

Frisando á la sazón en los veinte años, esbelta, fina como una de esas sirenas inventadas por los ingleses para sus *libros de bellezas*, Modesta ofrece, como ofrecía antaño su madre, la coqueta expresión de esa gracia poco comprendida en Francia, donde la llamamos sensiblería, pero que, entre los alemanes, se considera como la poesía del corazón, llegada al exterior del ser y manifestándose en melindres y carantoñas en las estúpidas, y en divinas monadas en las jóvenes inteligentes. Notable por su cabellera color de oro pálido, Modesta pertenece á esa clase de mujeres llamadas (sin duda en recuerdo de Eva), rubias celestiales, y cuya epidermis satinada parece papel de seda aplicado sobre la carne, la cual se estremece ó se dilata bajo el frío ó el calor de la mirada, contribuyendo á que las manos se sientan celosas de los ojos que la miran. Bajo aquellos cabellos, ligeros como plumas de marabú, y rizados á la inglesa, la frente, que es de tan perfecto corte que parece haber sido trazada á compás, se ve discreta y tranquila hasta la placidez, si

bien radiante de pensamientos; pero ¿cuándo y dónde podría verse otra más tersa y de limpidez tan transparente? Cual si fuese una perla, parece tener un oriente. Los ojos, de un azul grisáceo, límpidos como los de un niño, denotaban á la sazón malicia é inocencia, y estaban en armonía con el arco de las cejas, indicadas apenas por raíces de cabello, plantadas como las que se hacen á pincel en las figuras chinas. Este espiritual candor estaba realizado aun más en el cerco de los ojos y en las sienas por tonos nacarados que dejaban ver sus azules venas, privilegio éste que poseen únicamente los cútis delicados. Su cara, cuyo óvalo se parecía al que reprodujo tantas veces Rafael en sus vírgenes, se distingue por el color suave y virginal de sus pómulos, semejante al color de rosa de Bengala, y sus largas pestañas, adheridas á sus diáfanos párpados, proyectaban sobre éstos sombras mezcladas con luz. El cuello, inclinado á la sazón, sumamente delicado y blanco como la leche, recuerda aquellas líneas perdidas que tanto agradaban á Leonardo de Vinci. Algunas ligeras pecas denotan claramente que Modesta es una hija de la tierra y no una de esas creaciones soñadas en Italia por la escuela angélica. Aunque finos al par que gruesos, sus labios, un tanto burlones, expresan voluptuosidad. Su talle, sensible sin ser frágil, no se declaraba impotente para la maternidad como el de esas jóvenes que procuran lograr éxito mediante la mórbida presión de un corsé. El bombasi, el acero y el cordón purificaban sí, pero no fabricaban las líneas serpentinadas de aquella elegancia, comparable á la de un tierno álamo balanceado por los vientos. Una bata gris perla, con adornos de color cereza, dibujaba castamente su talle y cubría sus hombros, un poco delgados aún, y un camisolín de señora no permitía ver más que las primeras redondeces que unen el cuello á los hombros. Al ver aquella fisonomía vaporosa al par que inteligente, y á la que la finura de una nariz grigera de ventanas ro-

sáceas comunicaba un no sé qué de positivo, donde la poesía que reinaba en la frente casi mística estaba un tanto desmentida por la voluptuosa expresión de la boca, donde el candor disputaba los profundos y variados campos de la pupila á la mofa más delicada, un observador hubiera pensado que aquella joven de avisgado y de fino oído y de nariz abierta á los perfumes de la flor azul del ideal, debía ser teatro de un combate entre las poesías que engendran las auroras y las labores del día, entre la fantasía y la realidad. Modesta era la joven curiosa y púdica que conoce su destino y no deja de ser casta, la virgen de España más bien que la de Rafael.

Al oír que Dumay decía á Exuperio: «Venga usted acá, joven», Modesta levantó la cabeza, y, después de haber visto que hablaban en un rincón del salón, pensó que hacía al joven algún encargo para París, miró á los amigos que le rodeaban como si estuviese asombrada de su silencio y, mostrándoles la mesa verde que la señora Latournelle llamaba el altar, exclamó con el aire más natural del mundo.

—¡Cómo! ¿no juegan ustedes?

—Juguemos—repuso Dumay, que acababa de despedir al joven Exuperio.

—Butscha, ponte allí—dijo la señora Latournelle señalando al primer pasante un puesto que estaba separado por la mesa del grupo que formaban la señora Miñón y su hija.

—Y tú, ven aquí—dijo Dumay á su mujer ordenándole que se pusiese á su lado.

La señora Dumay, pequeña americana de treinta y seis años, se enjugó furtivamente las lágrimas, porque adoraba á Modesta y creía que iba á ocurrir alguna catástrofe.

—Observo que no están ustedes alegres esta noche—repuso Modesta.

—Es que vamos á jugar—repuso Gobenheim, que preparaba ya las cartas.

Por interesante que esta situación pueda parecer, lo será mucho más explicando la posición de Dumay respecto á Modesta. Si la concisión contribuye á que este relato parezca seco, perdónese la sequedad en gracia al deseo de acabar pronto esta escena, y á la necesidad de contar el argumento que domina en todos los dramas.

Dumay (Ana Francisco Bernardo), nacido en Vanes, se fué soldado en 1799 al ejército de Italia. Su padre, presidente del tribunal revolucionario, se había hecho tan notable por su energía, que el hijo no pudo continuar en el país una vez que el padre, que era un abogado bastante malvado, pereció en el patíbulo el 9 de Termidor. Después de haber visto morir de pena á su madre, Dumay, que contaba á la sazón veintidós años, vendió todo lo que poseía, corrió á Italia en el momento en que nuestros ejércitos sucumbían, y encontró en el departamento del Var á un joven que, por motivos análogos, iba también á buscar gloria, por considerar el campo de batalla menos peligroso que Provenza. Carlos Miñón, último vástago de aquella familia á la que debe París la calle y el palacio construido por el cardenal Miñón, tuvo un padre bastante astuto para proponerse salvar de las garras de la Revolución las tierras de La Bastie, hermoso feudo del condado. Como todos los tímidos de aquella época, el conde de La Bastie, que pasó á ser el ciudadano Miñón, creyó más conveniente cortar las cabezas ajenas que dejarse cortar la propia. Este falso terrorista desapareció el 9 de Termidor, siendo entonces inscrito en la lista de los emigrados. El condado de La Bastie fué vendido, y el castillo deshonorado fué reducido á cenizas. Finalmente, el ciudadano Miñón, descubierto en Orange, fué sacrificado en unión de su mujer y sus hijos, á excepción de Carlos Miñón, que había ido á buscar un asilo para toda la familia á los altos Alpes. Asustado por tan espantosas noticias, Carlos esperó, en un valle del monte Genevro, tiempos menos bo-

rrascosos; vivió allí hasta el año 1799 con algunos luises que su padre le había dado al marchar, y por fin, á los veintitrés años, sin más fortuna que su hermosa presencia y su belleza meridional, que llegaba á lo sublime, y que puede compararse con la de Antino, el ilustre favorito de Adriano, resolvió aventurar en el tapete rojo de la guerra su audacia provenzal, lo cual tomó él, como tantos otros, por una vocación. Cuando iba á presentarse en el ejército de Niza, encontró al bretón Dumay, y habiéndose hecho amigos por la semejanza de sus destinos y por el contraste de sus caracteres, los dos soldados bebieron en la misma taza, se partieron el mismo pedazo de galleta y llegaron juntos á ser sargentos, cuando la paz que siguió á la batalla de Marengo. Renovada la guerra, Carlos Miñón logró pasar á caballería, y perdió de vista á su compañero. En 1812, el último Miñón de La Bastie era oficial de la Legión de Honor y mayor de un regimiento de caballería, y esperaba recobrar su título de conde de La Bastie y que el emperador le nombrase coronel. Cogido por los rusos, fué enviado como tantos otros á Siberia, é hizo el viaje en compañía de un pobre teniente, en el que reconoció á Ana Dumay, no condecorado y valiente, pero desgraciado como la mayor parte de los soldados que sirvieron de base á Napoleón para formar el Imperio. En Siberia, para matar el tiempo, el teniente coronel enseñó el cálculo y la caligrafía al bretón, cuya educación había parecido inútil al padre Scévola. Carlos encontró en su primer compañero de viaje uno de esos raros corazones á los que pueden comunicarse todas las penas y alegrías. El provenzal acabó por encontrar la proporción que buscan todos los buenos mozos. En 1804, en Francfort-Sur-Mein, fué adorado por Betina Wallenrod, hija única de un banquero, y se casó con ella con tanto más entusiasmo, cuanto que era una de las muchachas más bonitas de la ciudad, y él no era á la sazón más que teniente coronel, sin más fortuna

que el porvenir excesivamente problemático de los militares de aquel tiempo. El anciano Wallenrod, barón alemán venido á menos (la banca es siempre una baronía), encantado al saber que el guapo teniente coronel representaba por sí solo á los Miñón de La Bastie, aprobó la pasión de la rubia Betina, á la que un pintor (había uno á la sazón en Francfort) había tomado por modelo de una figura ideal de Alemania. Wallenrod, nombrando de antemano á sus nietos condes de La Bastie-Wallenrod, invirtió en papel de la deuda francesa la suma necesaria para procurar á su hija una renta de treinta mil francos. Dada la elevada importancia del capital, esta dote no hizo apenas brecha en su caja. El Imperio, á consecuencia de una política semejante á la de muchos deudores, pagaba rara vez los semestres; así es que Carlos se preocupó bastante del empleo que se había dado á la dote, porque no tenía tanta fe como el barón alemán en el águila imperial. El fenómeno de la creencia ó de la admiración, que no es más que una creencia efímera, armoniza difícilmente con el ídolo. El mecánico triunfa de la máquina que el viajero admira, y los oficiales del Imperio, si no eran el carbón, eran al menos los fogoneros de la locomotora napoleónica. El barón de Wallenrod-Tustall-Bartenstild prometió entonces ayudar al joven matrimonio. Carlos amó á Betina Wallenrod tanto como era amado por ella, lo cual es mucho decir; pero cuando un provenzal se exalta, todo pasa á ser en él natural en materia de sentimientos. Y cómo no adorar á una rubia que parecía escapada de un cuadro de Alberto Durer, y que tenía un carácter angelical y una fortuna libre en Francfort? Carlos tuvo cuatro hijos, de los cuales le quedaron únicamente dos niñas en el momento en que comunicaba sus penas al bretón. Sin conocerlas, Dumay amó á aquellas dos pequeñas por efecto de esa simpatía que constituye al soldado en padre de todo niño. La mayor, llamada Betina Carolina, había

nacido en 1805, y la otra, María Modesta, en 1808. El desgraciado teniente coronel, al ver que no tenía noticias de estos seres queridos, volvió á pie á Francfort en 1814, acompañado del teniente, atravesando Rusia y Prusia. Estos dos amigos, para quienes no existía la diferencia de grados, llegaron á Francfort en el momento en que Napoleón desembarcaba en Cannes. Carlos encontró á su mujer en Francfort, pero de luto había tenido la desgracia de perder á su padre, por quien era adorada, y que quería verla siempre sonriente, hasta en su lecho de muerte. El anciano Wallenrod no sobrevivió á los desastres del Imperio. A los setenta y dos años se había metido á especular en algodones, creyendo en el genio de Napoleón y sin saber que el genio tan pronto está por encima como por debajo de los acontecimientos. Este último Wallenrod, de los verdaderos Wallenrod-Tustall-Bartenschild, había comprado tantas balas de algodón como hombres perdió el Emperador durante su sublime campaña de Francia.

—*Muego con el algodón*—había dicho á su hija aquel padre de la especie de los Goriot, esforzándose por acallar un dolor que le asustaba,— *y muego sin beber nata á natie.*

Este francés de Alemania murió deseando hablar la lengua amada de su hija.

Dichoso al ver que podía salvar de aquel nuevo naufragio á su mujer y á sus dos hijas, Carlos Miñón se volvió á París, donde el Emperador le nombró teniente coronel de los coraceros de la guardia imperial y lo hizo comendador de la Legión de Honor. Los sueños del teniente coronel, que se veía al fin general y conde en el primer triunfo del Emperador, fueron ahogados por las oleadas de sangre de Waterlloo. El coronel, levemente herido, se retiró al Loira y dejó Tours antes del licenciamiento.

En la primavera de 1816, Carlos realizó sus treinta mil francos de renta, que le dieron unos cuatrocientos

mil francos, y resolvió ir á hacer fortuna á América, abandonando un país donde la persecución empezaba á pesar ya sobre los soldados de Napoleón. En su consecuencia, se fué de París al Havre acompañado de Dumay, al que, por una casualidad bastante común en la guerra, había salvado la vida, tomándole en la grupa en medio del desorden que siguió á la jornada de Waterlloo. Dumay participaba de las opiniones y del desaliento del coronel. Carlos, seguido del bretón como de un perro (pues el pobre soldado idolatraba á sus dos hijas), pensó que la obediencia, la disciplina, la probidad y la adhesión del teniente harían de él un servidor tan fiel como útil, y le propuso que se pusiese á sus órdenes civilmente, considerando Dumay muy feliz al verse adoptado por una familia donde contaba vivir como el muérdago sobre la encina. Mientras esperaba una ocasión para embarcarse, escogía navío y meditaba acerca de las probabilidades de éxito de su empresa, el coronel oyó hablar de los brillantes destinos que la paz reservaba en el Havre. Oyendo la disertación de los particulares, entrevió allí un medio de fortuna, y pasó á ser á la vez armador, banquero y propietario. Compró por doscientos mil francos terrenos y casas, y lanzó hacia Nueva York un buque cargado de sederías francesas compradas en Lyon á bajo precio. Dumay, que pasó á ser su agente, partió en el navío. Mientras que el coronel se instalaba en la casa más hermosa de la calle Real con su familia y se instruía en los negocios bancarios, desplegando la actividad y prodigiosa inteligencia de los provenzales, Dumay realizó dos fortunas, porque volvió con un cargamento de algodón comprado á muy bajo precio. Esta doble operación valió un capital enorme á la casa Miñón. El coronel hizo entonces la adquisición de la quinta Ingouville, y recompensó á Dumay dándole una modesta casa en la calle Real. El pobre bretón había traído de Nueva York, con los algodones, una bonita mujer, á la que

agradó ante todo su calidad de francés. Miss Grummer poseía unos cuatro mil dollars (veinte mil francos), los cuales colocó Dumay en casa de su coronel. Dumay, que había pasado á ser el *alter ego* de Miñón, aprendió en poco tiempo la teneduría de libros, esa ciencia que distingue, según decía él, á los sargentos mayores del comercio. Este sencillito soldado, olvidado durante veinte años por la fortuna, se creyó el hombre más feliz del mundo al verse propietario de una casa que la munificencia de su jefe proveyó de un bonito mobiliario, de mil doscientos francos de intereses que le daba su capital, y de tres mil seiscientos francos de sueldo. En sus sueños, nunca había esperado Dumay llegar á ocupar semejante posición; pero lo que más le satisfacía de todo era el ver que era el eje de la casa de comercio más rica del Havre. La señora Dumay tuvo la pena de perder á todos sus hijos al nacer y las consecuencias de su último parto la privaron de la esperanza de llegar á tener sucesión, contribuyendo esto á que se adhiriese á las dos señoritas Miñón con tanto amor como Dumay, el cual las hubiese preferido á sus propios hijos. La señora Dumay, que era hija de unos labradores acostumbrados á una vida económica, se contentó con dos mil cuatrocientos francos para los gastos todos de la casa; así es que Dumay colocaba todos los años dos mil y pico de francos en la casa Miñón. Cuando se hacía el balance anual, el dueño aumentaba el sueldo del cajero, dándole una gratificación en armonía con sus servicios. En 1824, el crédito del cajero ascendía á cincuenta y ocho mil francos. Entonces fué cuando Carlos Miñón, conde de La Bastie, título del que aquél no hablaba nunca, colmó de dicha á su cajero hospedándolo en el *Chalet*, donde vivían obscuramente en este momento Modesta y su madre.

El estado deplorable en que se encontraba la señora Miñón, á la que su marido había dejado hermosa aún, fué causado por la catástrofe misma á que era

debida la ausencia de Carlos. La pena había empleado tres años en aniquilar á aquella angelical alemana, pero se trataba de esa pena semejante al gusano albergado en el corazón de una fruta. La extensión de aquel dolor es fácil de comprender. Dos hijos, muertos en tierna edad, tuvieron una doble tumba en aquella alma que no sabía olvidar nada. La cautividad de Carlos en Siberia fué para aquella mujer amante una muerte diaria. La catástrofe de la rica casa Wallenrod y la muerte del pobre banquero sobre sus sacos vacíos fué, en medio de las dudas de Betina acerca de la suerte de su marido, el golpe de gracia. La loca alegría de volver á encontrar á su Carlos, estuvo á punto de matar á aquella flor alemana. Después, la segunda caída del Imperio y la expatriación proyectada fueron como dos nuevos accesos de una misma fiebre. Finalmente, diez años de prosperidades continuas, las diversiones de su casa, que era la primera del Havre, las comidas, los bailes, las fiestas del negociante afortunado, las suntuosidades de la quinta Miñón, la inmensa consideración, el respetuoso cariño de que gozaba Carlos y el entero afecto de aquel hombre, que correspondía con un amor único á un único amor, habían reconciliado con la vida á aquella pobre mujer. En el momento en que no dudaba ya y en que entreveía un hermoso anochecer para su vida borrascosa, una catástrofe inaudita, sepultada en el corazón de aquella doble familia y de la cual se hablará en breve, pareció ser una especie de presagio de nuevas desgracias. En enero del año 1826, en medio de una fiesta, cuando el Havre entero designaba á Carlos Miñón para diputado, tres cartas llegadas de Nueva York, de París y de Londres fueron otros tantos martillazos dados sobre el palacio de vidrio de la prosperidad. En diez minutos, la ruina había tendido sus alas de gavilán sobre aquella familia feliz, causándola el mismo efecto que causó el frío al gran ejército en 1812. En una sola noche pasada en hacer cuentas

con Dumay, Carlos Miñón tomó una resolución. Todos sus valores, sin exceptuar los muebles, bastaban para pagarlo todo.

—El Havre—dijo el coronel al teniente,—no ha de verme caminar á pie. Dumay, tomo tus sesenta mil francos al seis por ciento.

—Al tres, mi coronel.

—Á nada entonces—había respondido Carlos Miñón perentoriamente.—Te daré participación en mis nuevos negocios. El *Modesta*, que no es ya mío, parte mañana, y el capitán me lleva consigo. A ti te encargo de mi mujer y de mi hija. No te escribiré nunca. Si no tenéis noticias mías, es buena señal.

Dumay, que seguía siendo teniente, no hizo á su coronel ni una sola pregunta acerca de sus proyectos, y se había limitado á decir á Latournelle con cierto aire de inteligencia:

—Me parece que mi coronel tiene su plan formado.

Al amanecer del día siguiente, Dumay acompañó á su principal al *Modesta*, que partía para Constantino-
pla, y en la popa del buque se entabló entre ellos la siguiente conversación:

—Mi coronel ¿cuáles son sus últimas órdenes?

—Que ningún hombre se aproxime al *Chalet*—había exclamado el padre conteniendo apenas una lágrima.

—Dumay, vigila á mi última hija como si fueses mi dogo. ¡La muerte al que intentase deshorrar á mi segunda hija! ¡No temas nada, ni el patíbulo, que yo vendré á unirme á ti!

—Mi coronel, puede marchar tranquilo. Le comprendo á usted y, ó yo estaré muerto, ó encontraré á *Modesta* como me la ha confiado. Ya me conoce usted, y conoce también á mis dos perros de los Pirineos. Nadie se aproximará á su hija. Dispense usted que me atreva á dirigirle tantas frases.

Los dos militares se arrojaron uno en brazos del otro como hombres que habían empezado á apreciarse en Siberia. Aquel mismo día, el *Correo del Havre*

publicó esta terrible, sencilla, enérgica y honrada nota:

«La casa Carlos Miñón suspende sus pagos. Pero los liquidadores infrascritos se comprometen á pagar todo el pasivo. Desde este momento se puede pagar á la tercera parte de los tenedores de letras y de efectos. La venta de las propiedades de la casa cubre íntegramente las cuentas corrientes.

»Este anuncio se hace para honra de la casa y á fin de evitar todo trastorno de crédito en la plaza del Havre.

»Don Carlos Miñón ha partido esta mañana en el *Modesta* para el Asia Menor, habiendo dejado plenos poderes para realizar todos sus valores, sin exceptuar los inmuebles.

»DUMAY, liquidador para las cuentas de banca; LATOURNELLE, notario, liquidador para las fincas rústicas y urbanas; GOBENHEIM, liquidador para los valores comerciales.»

Latournelle debía su fortuna á la bondad del señor Miñón, el cual le había prestado cien mil francos el año 1817 para comprar la mejor notaría del Havre. Este pobre hombre, sin medios pecuniarios, primer pasante hacía ya diez años, llegaba á la sazón á los cuarenta y se veía pasante para el resto de sus días. Él fué el único en todo el Havre cuya adhesión pudo compararse á la de Dumay, pues lo que hizo Gobenheim fué aprovecharse de la liquidación para continuar las relaciones y los negocios del señor Miñón, lo cual le permitió elevar su pequeña casa de Rouen. Cuando todo el mundo lamentaba la desgracia en la Bolsa, en el puerto y en todas partes; cuando el panegírico de un hombre irreprochable, honrado y benévolo llenaba todas las bocas, Latournelle y Dumay, silenciosos y activos como hormigas, vendían, reali-

zaban, pagaban y liquidaban. Vilquin se las echó de generoso comprando la quinta, la casa del Havre y un cortijo, y Latournelle se aprovechó de aquel impulso de generosidad para arrancar un buen precio á Vilquin. Hubo quien quiso visitar á la señora y á la señorita Miñón; pero éstas obedecieron á Carlos refugiándose en el *Chalet* la mañana misma de su partida, la cual les fué ocultada en el primer momento. Al fin de que el dolor no le hiciese acaso desistir de su decisión, el valeroso banquero había abrazado á su mujer y á su hija mientras dormían. El día de la fatal noticia fueron depositadas más de trescientas tarjetas en la puerta de la casa Miñón. Quince días después, el olvido más profundo, profetizado por Carlos, revelaba á aquellas dos mujeres la prudencia y la grandeza de la resolución ordenada. Dumay nombró representantes de su amo en Nueva York, en Londres y en París, siguió la liquidación de las tres casas de banca á las que era debida la ruina, realizó del año 1826 al 1828 la suma de quinientos mil francos, octava parte de la fortuna de Carlos y, según órdenes escritas durante la noche de la partida, se los envió á Miñón á Nueva York á principios del año 1828 por conducto de la casa Mongenod.

Todas estas operaciones se efectuaron militarmente y sólo dejó de cumplirse la orden que había dado Carlos de que se dedujesen treinta mil francos de esta suma á fin de cubrir las necesidades personales de la señora y de la señorita Miñón. El bretón vendió su casa del Havre por veinte mil francos y los entregó á la señora Miñón, echándose la cuenta de que, cuanto más capital tuviera el coronel, más pronto volvería.

—Á veces por falta de treinta mil francos se pereció.—había dicho Dumay á Latournelle, el cual había comprado por su valor la casa de aquél, donde los habitantes del *Chalet* encontraban siempre hospedaje.

Tal fué para la célebre casa Miñón del Havre el resultado de la crisis que arruinó del año 1825 á 1826

las principales casas de comercio y que causó la ruina de varios banqueros de París, uno de los cuales presidía el tribunal del comercio. Ahora se puede comprender cómo esta caída inmensa, después de diez años consecutivos de prosperidad, había podido ser el golpe de muerte para Betina Wallenrod, que se vió una vez más separada de su marido, sin tener noticias de su vida, en apariencia tan peligrosa y tan aventurada como el destierro de Siberia; pero el mal que la arrastraba hacia la tumba es para estas penas visibles lo que es para las penas ordinarias de una familia el hijo fatal que la arruina y la devora. La piedra infernal arrojada en el corazón de aquella madre era una de las piedras tumulares del pequeño cementerio de Ingouville, en el cual se lee:

BETINA CAROLINA MIÑÓN

muerta á los veintidós años

¡ROGAD POR ELLA!

1827

Esta inscripción es para una joven lo que un epitafio para muchos muertos: la tabla de materias de un libro desconocido. El libro es el siguiente, y, aunque atrevido, puede servir para darnos una explicación de la causa que motivó el terrible juramento que se prestaron el coronel y el teniente al despedirse.

Un joven de hermosa figura, llamado Jorge de Estourny, fué al Havre con el vulgar pretexto de ver el mar, y vió allí á Carolina Miñón. Un elegante de París no va nunca sin recomendaciones, y éste, por mediación de un amigo de los Miñón, fué invitado á una fiesta que dieron éstos en Ingouville. Enamorado locamente de Carolina y de su fortuna, el parisiense entrevió un feliz resultado. En tres meses acumuló todos los medios de seducción y robó á Carolina. Cuando hay hijas, un padre de familia no debe nunca